

Cuentos del domingo

SEPTIEMBRE 25 DE 1898

LA HISTORIA

DE UNA PULGA BUENA Y UN REY MALO.



LRASE una vez un rey malo que hacía muy desgraciado á su pueblo. Todo el mundo le detestaba; y las personas que él enviaba ó que mandaba matar, de buena gana le hubieran zurrado la badana. Pero ¿cómo hacerlo? El era más fuerte, era dueño, no tenía que dar cuenta de sus acciones á nadie, y cuando le decían que sus súbditos no estaban contentos, respondía: "A mí ¿qué se me dá? ¡Poco me importa!" Lo cual es una respuesta muy fea.

Como continuaba desempeñando su oficio de rey y de día en día se volvía más malvado, una pulga que no valía gran cosa, se puso á reflexionar sobre el asunto; pues eso sí, tenía un buen corazón. Las pulgas por lo regular, no son así, pero ésta había sido muy bien educada y no picaba á las personas, sino con moderación, y solamente cuando tenía mucha hambre.

—¡Si yo pudiera corregir al rey y hacerle entrar en razón!, se decía la pulga: ello es peligroso, pero no importa. Probatemos.

Llegada la noche, el perverso rey, después de haber hecho toda clase de cosas malas durante el día, se fue á dormir tranquilamente, cuando sintió una picada semejante á un alfilerazo.

—¡Pica! refunfuñó y se volvió del otro lado.

—¡Pica, pica, pica!

—¿Quién me pica así? preguntó el rey con voz terrible.

—Yo, respondió una vocesilla casi imperceptible.

—¡Tú! ¿Quién eres tú?

—Una pulguita que te quiere corregir.

—¡Una pulga!... Espérate, ahora verás.

Y el rey saltó de su cama, levantó el cobertor, sacudió las sábanas, todo lo cual fue inútil, porque la buena de la pulga se había ocultado entre la espesa barba real.

—¡Ah! ya se ha ido, dijo el rey; ahora podré dormir bien.

Pero apenas hubo reclinado la cabeza en el almohadón... ¡Pica.

—¡Cómo! ¿Qué! ¿Otra vez? Pica que pica.

—¿Te atreves á volver, abominable bicho? Reflexiona lo que estás haciendo. No eres mayor que un grano de arena, y te atreves á picar á uno de los reyes más poderosos de la tierra.

Y á mí ¿qué se me dá? ¡Poco

me importa!, replicó la pulga, remedando al rey.

—¡Ah, si te llevo á coger!

—Lo creo; pero aun no lo has logrado.

El rey malo no pudo dormir aquella noche y se levantó al día siguiente de mal humor, dispuesto á matar á cualquiera.

Irritado resolvió acabar con su enemiga.

Dió orden para que se limpiara el palacio de arriba á bajo, y especialmente su alcoba; su cama fue hecha y deshecha y vuelta á hacer por diez viejas muy hábiles en el arte de cazar pulgas.

Pero no hallaron nada, porque la buena de la pulga se había ocultado bajo el cuello de la saca del rey.

Por la noche, el tirano que no podía tenerse en pie, de sueño, se acostó dispuesto á dormir como un lirón.

Apenas había apagado la bujía, cuando sintió la pulga en el cuello.

¡Pica! ¡Pica!

Por vida de... ¿Qué es esto?

—Soy la pulga de ayer.

—¿Pero qué quieres, bribona, insoportable pulga?

—Quiero que me obedezcas, y que hagas feliz á tu pueblo.

—¡Aquí! ¡Vengan mis soldados, Capitán de mis guardias, mis Ministros, mis Generales! ¡Todo el mundo! ¡Todos ustedes!

Todo el mundo llegó. El rey estaba tan furioso que todos temblaban. Reprendió severamente á toda la servidumbre del palacio: dijo que iba á hacer azotar á las viejas que no habían dado con la pulga. Reinaba la mayor consternación. Durante todo aquel tiempo la pulga, bien tranquila, se mantenía escondida en el gorro de dormir del rey.

Todo fué inútil. El infortunado monarca no podía acostarse ni aun sobre la yerba, sin que le picase su obstinada enemiga; la pulga buena no le dejaba dormir un minuto, pica que pica.

Por la noche, el tirano, que no podía tenerse en pie, de sueño, se acostó á dormir como un lirón.

Apenas había apagado la bujía cuando sintió la pulga en el cuello.

¡Pica! ¡Pica!

—Por vida de... ¿Qué es esto?

—Soy la pulga de ayer.

Sería largo de contar los golpes y porrazos que el rey se dió para matar á la pulga: baste decir que estaba lleno de contusiones y cardenales. No podía dormir, iba de un lugar á otro como alma en pena, enflaquecía diaria-

mente, y habría muerto con seguridad, si no hubiese resuelto obedecer á la pulga.

—Me rindo, la dijo en una ocasión en que la pulga volvía á picarle de nuevo. Imploro tu clemencia; haré lo que quieras.

—Eueno, sólo á esa condición podrás dormir.

—Gracias. ¿Qué debo hacer?

—Haz feliz á tu pueblo.

—No he aprendido eso; no sé cómo hacerlo.

Nada más fácil: lo único que para ello tienes que hacer es marcharte de una vez para siempre.

—¿Llevándome mis tesoros?

—Sin llevarte nada.

—¿Pero cómo vivirá si no tengo un ochavo?

—¿Y á mí que se me dá? ¡Poco me importa eso!

Pero la pulga, que no era mala, dejó al fin que el rey se llenara los bolsillos de dinero antes de partir.

Y el pueblo halló el modo de ser muy feliz.

VÍCTOR HUGO.

LA VIDA

Es el mundo tan sólo vil mentira
Y la vida no más que una quimera;
Bella ilusión para el que ansioso espera
Triste verdad para el que triste expira.

Los que arrancan sonidos á la lira,
Los que buscan la gloria pasajera,
Sólo miran la dicha placentera
Y se olvidan del pobre que suspira.

Todo es vaná ilusión y vanó engaño
De la vida mendiga y azarosa,
Y apenas ya salidos de la cina,

Caminamos soñando año tras año
En esa vida de color de rosa
Que nos trae decepciones una á una.

LEONIDAS BRICEÑO B.

INMUNE.

(MEDICAMENTO ENCANTADO).

Antaño, cuando no habíamos progresado tanto, el *inmune* era desconocido, ó poco menos. Era un producto químico, un *producido* de la alquimia que apenas si se sabía que existiese por los catálogos que lo nominaban.

Se hablaba del *inmune* en voz baja y ruborizándose... como se hablaba de las pastillas del Serrallo. Sus efectos se enumeraban, pero en medio de las protestas que nuestros abuelos hacían de no aficionarse á su empleo jamás: llamaban á esa droga "quita vergüenza" y decían que ningún hombre decente habría de usarla sino en casos especiales é indicados por el médico y por la propia delicadeza.

Esa droga, que la alquimia moderna ha puesto en moda, es todavía muy rara: un grupo de gentes privile-

giadas han conseguido el monopolio de ella y la usan exclusivamente para sus personas y haciendo de ella un talismán de muchas y muy extrañas virtudes. Se emplea de varios modos: en grandes frascos que contienen "galones" ó en pequeñísimos potes donde se encierra reducida á la quinta esencia en forma de pildoritas homeopáticas. El grupo privilegiado las trae siempre en el bolsillo y sus efectos son sorprendentes. Ni el anillo de Giges, ni el don de ubicuidad, ni la facultad psíquica del desdoblamiento, reunidos en una misma persona alcanzarían á producir los maravillosos efectos del inmune.

Algunos no lo usan en sus relaciones puramente sociales y comerciales, por lo cual no han perdido el concepto de honorables, pero otros se han enamorado de él: se han viciado con el uso como se vicia uno con el tabaco ó el aguardiente.

Que se llega un prójimo y le da un trancazo á otro que está boquiabierto escuchando las melodías de Lencho, pues una dosis... una pildorita de inmune que se trague y ya está! Ni la policía lo ve... ni el Juzgado se acuerda de él, ni la cárcel le abre sus puertas.

Va Ud. paseando muy serio y muy grave, balanceando el cuerpo y altamente complacido por los muchos saludos que recibe y de pronto... oh dolor! un señor ventruado y bien plantado le detiene para recordarle el trimestre de alimentación que le debe... no se apure Ud., una pildorita de inmune, tómela Ud. y verá como el susodicho *inglés* olvida en el acto las tres mensualidades... sonríe dulcemente, le ofrece un cigarro y se marcha pidiéndole excusas.

Sí, es la droga mágica, el gran invento! Por eso en días pasados, nuestro amigo Senador, después de proveerse de un frasquito de la consabida droga, se echó á la calle tan campante como el Cid.

Por supuesto que verle en persona propia por las calles del Parque y seguirle como jauría los *ingleses* todo fue uno; pero él, con la pildorita entre el índice y el pulgar, les prodigaba sonri-

das burlonas y despreciativas. El más atrevido de los perseguidores se le asió á un faldón de la levita y le obligó á detenerse.....

—Señor -le dijo- por caridad, págueme ó déjeme vacía la casa....

Otro llega y exclama:

—Excelencia, vea Ud. esta cuenta por asistencia médica á Ud. y á su.....

—¡Silencio -grita Senador-oid... y ved!

Y esto diciendo muestra el frasco de inmune y se traga una pildora....

—Muerto soy! -exclamó el casero cayendo de espaldas.

—María Santísima me valga! -gritó el boticario mirando el frasco-.... es inmune!!

Y Senador continuó su marcha triunfal.

Oh alquimia moderna, ¿cuánto obligas!

G. ORUMAT.

EL JUGADOR

Sin Dios, porque le olvida en su locura:
sin ley, porque atrevido la vulnera;
sin hogar, porque ¡infame! lo perdiera;
sin hijos, porque pan no les procura;
sin salud, porque tiene calentura;
sin fe, porque del cielo desespera;
tal es del jugador la verdadera,
impotente, fatídica figura.
Vedlo, llega al tapete, en atonía
en sorda excitación se cambia luego;
late su corazón con furia implacable...
¡Ay se siente morir, olas de fuego
azotan su cerebro... y todavía
con cavernosa voz exclama: ¡juego!

C. V. L.

NOTAS AGRICOLAS.

LOS ABONOS.

Se deben aprovechar los animales que mueren en los campos, en lugar de abandonarlos á los cuervos, perros y gusanos, siendo como son abonos poderosos. Para utilizarlos se desuellan y se trozan tan pronto como mueran, se colocan los pedazos en un hoyo bajo una capa de tierra mezclada de cal. Pasados algunos meses se extraen para extenderlos sobre el suelo y enterrarlos superficialmente.

Entre los abonos, el fiemo es sin duda, el más importante de todos, y el único, en tesis absoluta, con el cual se puede contar regularmente en una explotación rural. Por su composición es admirablemente apropiado á las necesidades y exigencias de las plantas, porque contiene todos los elementos que las constituyen y modifica de manera feliz las propiedades físicas de los terrenos disminuye la mayor tenacidad de los suelos arcillosos y convierte en menos ligeros y más frescos los arenosos. Todo esto y más indujo á decir con razón al célebre